

cía, y que antes de llegar á aquella provincia, diez soles más atrás, se había de pasar por una muy gran provincia de mucha gente, que se llamaba Ayco, en la cual, aunque no había oro, había mucha comida.

Túvose mucha cuenta con el indio y le trataron bien y con regalo, y reparóse en que en todo lo que contaba nunca discrepaba en cosa, y no esperaban más, SINO que pasase el tiempo del invierno para ir á verlo, porque les parecía no era posible que todas las cosas que decía fuesen invención y quimera suya, sino que él lo hubiese oído decir algunas cosas de las grandezas de México, ó á lo menos, componer sobre lo que decían del Nuevo México, que ni del ni de otra cosa en aquel tiempo nunca se tuvo otra noticia que la que dió este indio, porque si la tuvieran no pudieran dejar de poblar con tanta gente y aparato como llevaron para ello; pero no fué Dios servido, y Él sabe por qué. Los otros capitanes trajeron cuatro indios, al uno de los cuales llamaron de la Vaquilla, por una que tenía señalada en la frente, el cual era de hacia la Florida; y á otro pusieron por nombre Hizopete, por ser pequeño y mal agestado. Todas estas diligencias hicieron para venir en conocimiento de lo que llaman Nuevo México ó de otra tierra, pero ningunas bastan cuando Dios no se sirve de ello.

### CAPITULO CXXV.

En que se trata de cómo la provincia de Tiguex se rebeló y de la guerra que con ella se tuvo.

Año de 1547. Habiendo ya abierto el tiempo y estando aprestándose el general y su campo para partir y ir en busca de las noticias que el indio había dado, por culpa de los de la provincia de

Tiguex se les siguió una gran guerra en que perecieron muchos de ellos y se asolaron los pueblos, y la causa fué que como muchos caballos y bestias de carga anduviesen paciando junto al río, los indios de un pueblo pequeño, el más cercano á donde estaban los españoles aposentados, recogieron hasta cuarenta mulas y caballos, y los metieron en el pueblo y los mataron todos y se fortalecieron para defender su mal hecho, ó ya porque los animales les hicieron algún daño, que no se supo que tal hiciesen, ó que su malicia de los indios ó mala inclinación les incitase á ello. Sabido el daño por los españoles, se acriminó y tuvo por desvergüenza, y les fueron á reprender diciendo cuán mal habían guardado la amistad y paz que habían asentado; pero que dándoles algunos bastimentos y recado para la partida, se les perdonaría, de que los indios no hicieron caso, antes se animaban con la fortaleza de sus casas, y mostrándose más bravos que considerados, comenzaron á tirar muchas flechas y á dar gritos, y habiéndoles requerido una y muchas veces y no queriendo ir ni querer venir en cosa que se les decía, el maese de campo D. García López y el capitán Diego López, con los soldados de sus compañías y otras, les comenzaron á hacer guerra poniendo fuego al pueblo y arcabuceando, con que los indios, viéndose maltratar tanto, dijeron se querían rendir y dar de paz, y así se dieron.

Y habiéndolos recibido, los ataron á todos y los metieron en una tienda más de ciento y treinta gandules y á todos los mataron y quemaron diciéndoles que eran caballos, por no haber intérprete con que se entendiesen, con que destruyeron y asolaron del todo aquel pueblo. Esto se tuvo en España por mal hecho, por haberse dado de paz y haberles muerto tan cruelmente, porque habiendo ido el García López á heredar un mayrazgo de un hermano suyo, que había muerto, estuvo preso en una fortaleza por el caso.

Habiendo pasado lo dicho, por no dejar aquella provincia de guerra para los que fuesen y viniesen, el mismo D. García López de Cárdenas, con gente de á caballo, fué á procurar estuviesen de paz los otros pueblos, y llegando á uno, que era



el mayor de aquella ribera, le halló muy fortalecido y puesta mucha gente para su defensa. Quiso llamar D. Lope al principal de él, que se decía Juan Román, y era conocido porque había ido muchas veces á hablar con el general, como el más principal que era de los de aquella provincia, y parándose en las azoteas, que no eran muy altas, le dijo al general y á todos, que le pesaba mucho de lo sucedido, de lo cual ellos tenían la culpa, pues habiéndose ofrecido por amigos, lo habían hecho tan mal en matarles sus caballos, lo cual no había sido parecer sólo de los del pueblo que los mataron, sino por mandado y consentimiento de toda la provincia, y que no obstante eso, habiéndolos llamado y prometídoles perdón de lo hecho para que se asegurasen, y pedídoles les diesen alguna comida para hacer su viaje, no habían querido venir en cosa alguna, sino que luego les comenzaron á guerrear tirándoles muchas flechas, por lo cual fué forzoso hacer lo que se hizo, y que pues ya era hecho, se fuese lo uno por lo otro. El indio respondió que después de haberles muerto tanta gente, querían amistad, que ellos no la querían. Volviéronse á rogar fuesen sus amigos, que no querían otra cosa de ellos y que se ayudarían contra los que les quisiesen hacer guerra, y que advirtiesen y mirasen lo que habían hecho, y que ellos habían sido causa y ocasión para ello, y que no se fiasen tanto por parecerles estaban fortalecidos en aquellas sus casas, que para eso había industria y traían con que las derribar, y que de la guerra siempre se seguían daños, muertes, hambres y sed; que le aconsejaba bien á él, como al más principal y de más razón y entendimiento, y que le querían tener por más amigo y hacer por él todo lo que se ofreciese, y le rogaba bajase para le hablar y no tuviese miedo de cosa alguna, y el Juan Lomán dijo bajaría él solo, y que se apartasen los que con él venían y dejase el caballo y espada, porque tenía mucho miedo. El Don García hizo apartar á los compañeros detrás de un recuesto que al subir al pueblo hacía, y dejó el caballo y dió la espada á vista del Juan Lamán, que luego salió y iba deteniéndose para que el D. García llegase más cerca.

Y habiéndose llegado á hablar el Juan Lomán, se abrazó con él, acudiendo otros cinco ó seis indios que había dejado apercebidos y lo llevaron en peso á meter en el pueblo, y si no fuera por la palizada con que tenían fortalecida la entrada, le metieran, porque estribando en ella, hubo lugar para que á las voces acudiesen los de á caballo, y con su venida lo dejaron; y si como los indios salieron sin armas con ánimo de lo meter dentro, sacaran alguna macana ó porra, sin duda lo mataran, y si lo metieran en el pueblo, nunca más saliera vivo.

Comenzó luego á llover de las azoteas tanta piedra y flecha, que convino apartarse de presto, y salieron algunos caballos heridos, y el pobre caballero, que era muy buen hombre y de mucho valor, no se hartaba de resuello.

Llegados al real, se determinó convenía ir á castigarlos, porque no se quedasen ensoberbecidos.

## CAPITULO CXXVI.

En que se trata cómo se puso cerco sobre uno de los pueblos de aquella provincia, y lo que sucedió.

Año de  
1547.

Habiendo determinado que se combatiere el pueblo, salió todo el real y campo del puesto donde estaba alojado, y habiendo caminado una jornada poco menos de cuatro leguas, se llegó al pueblo, y asentado ya el real, les cercaron por tres ó cuatro partes, enviándoles á decir y apercibir, viniesen de paz, que se les guardaría y haría amistad, perdonándoles la malicia y atrevimiento que tuvieron; pero ellos, no haciendo caso de lo que se les decía, mostraron quererse defender, con que los más de los soldados se apercibieron para los combatir y entrarles en un día, por irse luego á la noticia que había da-



do el indio Turco; pero no se hizo con la facilidad que se pensó y se pudiera hacer si hubiera la advertencia y brío que convenía, porque los indios se habían apercebido de agua, que era de lo que más necesidad tenían, y el pueblo se tenía por el más fuerte de aquella ribera y estaba en alto, apartado un trecho del río, del cual bebían, y de una fuente que estaba donde se sentó el real de los nuestros, y el Juan Lomán había enviado á pedir ayuda de los otros pueblos vecinos, de unos indios que llaman querechos, muy grandes flecheros, que son los que andan entre las vacas.

Otro día de mañana, habiendo oído misa los nuestros y encomendándose á Dios, se armaron todos, y el general, capitanes y personas de á caballo, fueron al pueblo para acometerles si saliesen y si algunos huyesen alcanzarlos, y habiendo llegado al pueblo, vieron los indios muy determinados y puestos en orden para la defensa, á los cuales llamaron y requirieron ofreciéndoles la paz, y no hicieron lo que se les decía ni respondieron á cosa, por lo cual se acometió al pueblo por la parte de la entrada, que se halló más reforzada y embarazada de palos hincados y clavados, y á donde acudía más gente por las azoteas con muchas piedras y flechas y otras cosas arrojadizas, y se cojieron unos cañizos hechos de mimbres ó tlacotes, como á manera de mantas, arrimados á las paredes para agujerearlas por debajo sin tener más de tres y cuatro medias barrillas sin aderezar y de ningún provecho, porque dando el golpe en la pared, que, como dicho es, era de argamaza, resurtían sin hacer ningún efecto, ni aunque estuvieran cavando un mes. Rompieron con ellos un palmo de pared, y viendo cargaba gran cantidad de flechas sobre ellas y el ruin aparejo y efecto, y que de nuestra parte no hubo quien disparase algunos arcabuces, aunque iban bien pocos en el campo, para que se opusiesen á los que descubrían cuando arrojaban la piedra, porque tiran las flechas por las troneras y hacían daño, y viendo un buen soldado lo poco que se hacía y que de una tronera de aquellas era de donde más daño recibían, dijo á otro que estaba junto á él: "vamos y con lodo la taparemos, para que no ha-

gan por allí daño," y el otro, que fué tan poco avisado como él, sin reparar fueron al efecto y, tirándoles muchas flechas, dieron á aquel famoso soldado, que se llamaba Francisco Tobares, un flechazo por el ojo, que cayó allí luego muerto, y al otro dieron otros flechazos en la celada, que era de cuero de vaca crudo, y aunque algunas la pasaron, no le hirieron; y á otro soldado que se llamaba Juan de Paniagua, muy buen cristiano, y persona noble, tiraron otro flechazo de la misma parte, que le dió en el párpado del ojo sin le hacer otro daño, porque lo defendió un capirote que llevaba de hierro, y el barbote, y viendo que se había librado de la flecha, daba gracias á Dios y á Nuestra Señora, diciendo que la devoción del rosario que él siempre rezaba y traía consigo, le libró de aquel peligro; y andándose así sin hacer cosa de ningún efecto, otro soldado que se decía Francisco de Obando, á quien el general por hombre de bien tuvo siempre y fiaba las cosas de importancia que se ofrecían, el cual, viendo lo poco que se hacía, se metió inconsideradamente por una portañuela que estaba en una casa, entrándose arrastrando y á gatas, porque no pudo de otra manera, por una parte que por arriba lo tenían descubierto, y apenas hubo asomado la cabeza, cuando llovieron sobre él cantidad de piedras y con una de moler se la hicieron pedazos, sin poderse él valer de su valor ni poder ser socorrido, y arrastrándole, le metieron más adentro, donde, si no era muerto del todo, le acabaron y desnudo le echaron en el patio del pueblo, á donde fué hallado después que se entró y con un dedo cortado junto á él, que parece se lo debieron de cortar por sacarle un anillo de oro que traía, y con haber pasado más de cincuenta ó sesenta días después de muerto hasta que se enterró, no olía mal su cuerpo; pero esto también sucedió con muchos indios que mataron, que estuvieron tendidos por el campo sin mal olor, y la causa fué que en aquellos días nevó, y la gran frialdad los conservó.

La muerte de este hidalgo dió á toda la gente mucha pena, y en aquel tiempo parece se había acertado á hacer una escalera por la cual subieron muchos españoles ganando las azo-



teas, y los indios se acogieron á las casas, y como tenían de industria descubiertas algunas para que no se pudiese andar por todas las azoteas, y de trecho á trecho unas torrecillas con muchas saeteras ó troneras, y como por las casas que estaban descubiertas, los nuestros no pudieron pasar más adelante de adonde subieron, estábanse quedos, y por una torrecilla de aquellas, que estaba en aquellas partes, comenzaron los indios á flechar por las troneras y á hacer gran daño, porque hirieron más de sesenta españoles, de los cuales murieron tres de las heridas; el uno fué un hijodalgo que se decía Carabajal, hermano de un Hernando de Trejo, que fué teniente de gobernador por Francisco de Ibarra en Chiametla, á quien también mataron los indios; y el otro un vizcaino llamado Alonso de Castañeda; y el otro un fulano Benítez, y todo por culpa suya, porque en ninguno de los que subieron hubo valor ni ardid de guerra, sino que se estuvieron recibiendo heridas, pues no fuera menester más que rodear la torrecilla de donde recibían el daño y dar con el pié á una puerta que tenían cerrada con adobes uno sobre otro, sin barro, y echarlos de allí, con que no hicieran tan gran daño como hicieron, sino que se estuvieron sin hacer cosa alguna, ni tirar á las partes de donde recibían el daño; pudiéndoles pegar fuego, no tuvieron valor para hacerlo.

Viendo, pues, el mucho daño que había recibido, mandó el general recoger el campo con determinación de cogellos por sed, pareciéndole que por mucha agua que tuviesen recogida no les podría durar ocho días, y que por hambre era imposible, porque se sabía tenían abasto para mucho tiempo. Apartáronse para curar los heridos, y sin los que murieron, estuvieron otros para ello, no tanto porque las heridas fuesen penetrantes, como porque se dijo que, ya que aquellos indios no tenían hierbas venenosas, buscaban industria para tener veneno, porque hay por allí muchas víboras, y cogían algunas y las encerraban en unas como vasijas de mimbre y allí las tenían envueltas en algodón y hacían que mordiesen en las flechas, con que quedaban emponzoñadas; con que fueron muy dificultosas de sanar las heridas en algunos.

## CAPITULO CXXVII.

En que se trata de cómo, por causa de haber nevado aquellos días, se deshizo el cerco y se huyeron los indios.

Año de  
1541.

Recogidos los nuestros á sus reales (que los tenían divididos en tres partes, por tener cercado el pueblo), pareciéndoles que, al fin, por sed los cogerían sin aventurarse á más heridas, y estando así algunos días, ya los indios comenzaron á perecer por tener gran falta de agua, que no podían sufrir más la necesidad, y como era tiempo de invierno, quiso Dios que comenzase á caer poco á poco una nievecita muy menuda, á manera de estrellejas, y con ser tan poco á poco y tan menuda, todos aquellos campos se cubrieron de un gran golpe de nieve, y el pueblo, terrados y patios; y viéndolo los indios, acudieron con gran diligencia á cogerla, con que remediaron la necesidad que tenían, lo cual visto por el general y demás soldados, pensaron sería bueno tornarlos á combatir y muy acertado hacer un trabuco, ó con un madero grande entre dos hincados, hacer uno y más ingenios que llaman vaivenes, para derribar aquella dureza de paredes, y al fin determinaron que, pues con aquel tiempo no se podía caminar, se esperasen á ver en lo que paraba, y no cuidaron de más que de velarse y tener centinelas sobre el pueblo para si saliesen. Detuviéronse dos meses más que se detuvieron los nuestros con el socorro del pueblo que tuvo de la nieve, y en este tiempo padecieron grandísima sed, según lo que se vió y conoció, y intentaron hacer en el patio del pueblo un gran pozo para ver si podían llegar al agua; mas era tierra seca y casajosa y así se derrumbaba, con que se vino á abrir una boca grande de más de la mitad del patio, y aunque ahondaron mucho, no pudieron dar en agua, con que se determina-



ron á huir, y habiendo hecho casas, pareciéndoles á ellos eran ardides, se ponían en partes donde los viesen los nuestros á hacer que comían y que bebían y que derramaban el agua que les sobraba, que eran orines, y aun de esos debían de carecer, por cuya causa se determinaron á salir, habiendo atalayado bien desde sus azoteas si parecían las guardas y velas que había, y habiéndolo tanteado muy bien, haciéndose un escuadrón y cogiendo en medio todas las mujeres y muchachos y ropa, que no dejaron cosa en el pueblo, á la media noche, ayudados de su obscuridad, con el esfuerzo y buen gobierno de aquel Juan Lomán, que siempre se entendió era el que los aconsejaba, salieron caminando por una parte donde habían visto había menos guarda y estaba más cercano el río, pareciéndoles que como eran buenos nadadores, se ampararían en él y desmentirían el rastro; por la parte donde salieron velaban los soldados poco apercebidos, y no se sabe qué se hicieron, más de que el uno fué hallado muerto, tendido en tierra, atravesado el corazón con una flecha, como si con la mano se la hubiesen estado clavando, al cual mataron con otros flechazos, y aunque acudieron los del real al arma que se dió, que, como dicho es, tenían lo más del pueblo cercado, cuando se acudió, habían ya los indios pasado el río, y en buscar el vado se detuvieron parte del tiempo, con que los huidos se alejaron tanto que, aunque los siguieron, no los pudieron alcanzar, y ellos se salieron con su valeroso hecho. Sólo parecieron algunos que no pudieron tener con los demás, y cuando volvieron, habiendo traído al soldado que habían muerto los indios y dejado tendido junto donde estaba la lumbre común para todos, apeándose un soldado fué pisando la cara y boca de aquel miserable con los piés, y se reparó en ello por haber sido este hombre gran renegador y blasfemo, y luego le enterraron en el pueblo, en el cual no se halló despojo alguno que fuese de provecho.

Y estando un soldado de á pié, sentado en la pared, en una parte del pueblo, teniendo un arcabuz, otros que andaban escudriñando los rincones, dieron en un escondrijo donde se habían escondido cinco ó seis indios, que dieron á huir por la

parte donde estaba aquel soldado, el cual, entendiendo era otra cosa, se apartó, dejando el arcabuz arrimado, y asió á un indio de los que venían huyendo y se volvió contra los que le seguían, y entendiendo el arcabuz disparaba de suyo, lo puso por delante y él y todos los demás murieron en pago del daño que habían hecho; y también se hallaron algunas indias que repartieron, y como no las aprisionaron, todas se huyeron.

### CAPITULO CXXVIII.

En que se trata de cómo le vino nueva al general, de que el pueblo que en el camino estaba, donde se había fundado la villa de S. Jerónimo, en el valle de Corazones, se había alzado y muerto al capitán Alcaraz y á otros soldados.

Año de 1541. Habiéndose huido los indios, trató el capitán de ir á ver aquella tierra de adonde había dado noticia el indio Turco, y estando en esto, le llegó nueva de que el pueblo que estaba en el camino, en el valle de Corazones, donde se había fundado la villa de San Jerónimo, se había alzado y muerto al capitán Alcaraz, teniente de Melchor Díaz, y á otros soldados, y envió al reparo á D. Pedro de Tobar, y juntamente con ellos habían ido los indios de Sonora y de toda aquella comarca, dando una noche sobre la villa, y que de los soldados que habían quedado se habían comenzado á ir cada uno por su parte, y encargó á D. Pedro de Tobar, fuese con los de su compañía á poner orden en ello y á recoger las reliquias que habían quedado, y para que avisase á México dando razón de todo lo que hasta allí se había hecho y de lo que se pretendía hacer en lo de adelante; y habiéndose ido D. Pedro de Tobar, se apercebíó todo el campo para caminar y ir á la jornada y noticias que el indio Turco había mandado, ordenando que cada uno se apercebiese